

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 2 de Septiembre de 1916

AÑO XII

No se devuelven
los originales

Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2

Número suelto
cinco céntimos

N.º 624

Dónde está el secreto del poder y de la fuerza

Hay un funcionario bélebre en los fastos del catolicismo que recibe el nombre de *Promotor de la Fe*; o también el *Abogado del diablo* y que actúa en la Curia Romana en los procesos allí incoados cuando se trata de elevar a la categoría de Santo al católico que murió en olor de santidad. He aquí la descripción hecha por el diccionario de la Academia: «es aquel individuo de la Sagrada Congregación de Ritos, de la clase de consultores natos, que en las causas de beatificación y en las de canonización, tiene el deber de suscitar dudas y oponer objeciones, sin perjuicio de votar después en pro con arreglo a su conciencia». A esta definición póne un autor notable en libro intitulado, «*El Abogado del Diablo*» la siguiente apostilla: Lo que si ignoran muchos, o aparentan ignorar, es, que su misión debía extenderse a todos los ordenes de la vida, para evitar la santificación apresurada o el culto vicioso de aquello que no ha sido bastante depurado, por la razón y por la crítica.»

Estas consideraciones nos han sugerido la conclusión de que la Prensa y en primer término la católica debe desempeñar ese cometido de ejercer de *Abogado del Diablo*, que en nuestro caso y tal cual nosotros lo queremos vendría a ser la *Promotora de la Fe Católica* ante todo, y después el arma ofensiva y defensiva de todo los ideales cristianos, nobles, santos y patrióticos.

¿Y cuál es el campo en el cual ha de desplegar su actividad, en acción poderosa como ninguna? Tres son los principales: Es el primero el de la Prensa misma, todavía en mantillas; es el segundo el de la Política para cristianizarla, en el cual casi todo está por hacer; y por, fin el postrero es el de la acción social, única luz que vemos en el horizonte en orden a la restauración religiosa y patriótica de nuestra querida España.

Por cierto que se nota entre nosotros, hasta entre los católicos, cierto movimiento en ese triple orden de cosas; y que los periódicos católicos consciente o inconscientemente encaminan sus tareas en esa dirección, y hasta se observa cierta división del trabajo, o sea especializarse en uno de esos fines, por

aquello de que el que mucho abarca poco aprieta. Y dicho está que, a sabiendas o sin percatarse de ellos, actúan y no del todo mal en ese oficio de *Abogado del diablo* en el buen sentido de la frase.

LA CARIDAD, por su parte no ha dejado de formar parte de ese escuadrón, llamémosle así, de esos *Promotores de la fe* y defensores de las causas de Dios, de su Iglesia y de la Patria. ¡Ojalá hubiera contado con más elementos de toda índole y con más protectores para haber multiplicado sus ediciones y haberlas repartido como pan bendito!

Y ya que estamos en este terreno de la Prensa, base de sustentación y apoyo, hoy en día, contando con los auxilios divinos, de las grandes renovaciones espirituales que vislumbramos, vamos a concluir estos renglones con algunos tomados de un colega de la Corte, heroico batallador, conociendo testimonio más autorizado que el nuestro. Pondera (*El siglo Futuro* 23-VIII-1916) el hecho digno de ser imitado por los católicos pudientes, del Sacerdote don Francisco Gómez Rodrigo que ha dejado la mitad de sus bienes y en calidad de herederos (ha fallecido estos días) a los periódicos católicos de Valencia «*España Cristiana*, *Diario de Valencia* y *La Voz de Valencia*».

Ahora comenta el diario católico: «Desgraciadamente, son todavía muy pocos estos ejemplos de caridad generosa en provecho de la Prensa periódica, que enseña, defiende y propaga la sana doctrina. Los católicos adinerados tienen aún, en expresión de un ilustre Prelado, los ojos pesados, como los de aquellos apóstoles, que se entregaban al sueño cuando Jesús oraba en el huerto de Getsemani, y como en la parábola evangélica, mientras algunos de nosotros dormimos, el hombre enemigo siembra la cizaña en el campo del padre de familia.»

«Parece que no nos hemos dado aún cuenta exacta los católicos ni del Poder de la Prensa, ni de los destrozos que causa, ni del bien que puede hacer, ni del arma terrible ofensiva y defensiva que pondríamos en nuestras manos, si atendiéramos, cuidáramos y vigorizáramos, dándoles una vida floreciente y pujante, a nuestros periódicos.»

No es posible copiar el resto de tan hermoso artículo: es al fin la reproducción de lo que hace muchos años nos

vienen enseñando y hasta ordenando los Sumos Pontífices y Prelados; es la necesidad más urgente la del periódico católico ya la vez la caridad por excelencia la de sostenerlos, cuanto más mejor; y es en fin en expresión del político liberal francés Muret lo que ha de centuplicar el poder de los católicos frente a sus enemigos de todo linaje.

X

Justo llanto de un niño

Y las lágrimas rodaban
pausadas y perezosas,
como perlas de rocío

que se ruedan de las rosas,
por las mejillas de grana
de un niño angelical,

Por qué lloras, niño bello?

Por qué, di, te afiejes tanto,

en un día tan alegre,

en un día sacrosanto,

en que celebran los niños

una fiesta celestial?

Porque mi padre inhumano,

con pena en el niño decia,

de mi corazón arranca

el contento en este día,

prohibiendo en absoluto

que me acerque a comulgar.

La vida si es necesario,

por comulgar yo la diera,

si mi padre me dejara,

si al menos hoy consintiera

me acercara hasta el altar.

Pero cruel e inhumano,

me priva de este contento,

¡qué desgracia es pues, la mía!

cuan grande mi sentimiento,

no poder cual esos niños

recibir la comunión.

Y las lágrimas volvieron

más constantes y ruidosas,

a rodar por sus mejillas

lindas cual rojas rosas;

y a María Inmaculada

hizo esta deprecación:

Madre mía, luz del día,

astro hermoso, luminoso,

rica prenda; por tu senda

guíame hasta morir

y en los lazos de tus brazos,

aprisiona, oh Madona,

mi alma amante, y al instante

hasta el cielo hazla subir.

ANTONIO OCAÑA

LA PAZ

La guerra es raíz de todos los males morales y materiales que arruinan los Estados. Dios, creador de todas las cosas, las ha ordenado de tal modo, que todas conspiran a un mismo fin, a su mayor honra y gloria. De ahí que cuando algún ser se revela contra la augusta voluntad del Señor, saliéndole

se de la armonía por El establecida, produce un verdadero desorden. Esto, que claramente se observa en el orden físico, tiene también realidad práctica en el orden moral.

Para remediar, pues, el cataclismo que se produce al quebrantarse el orden establecido por Dios, no hay otro medio que reparar el mal hecho, restableciendo las cosas al ser y estado que les ha sido señalado por su Creador.

Los Estados modernos, enorgullecidos de las mismas cualidades y excelencias prerrogativas de que Dios les ha adornado y enriquecido, han creído bastarse a sí mismos y poder prescindir de Dios, y consecuentes con estas falsas ideas, han permitido que sus súbditos discutieran la misma existencia del Ser Supremo. Esta terrible duda ha sido causa de que los lazos morales se aflojasen en los ciudadanos, que las pasiones se exacerbaban, rompiendo las vallas impuestas por la naturaleza natural. Los pueblos se rebelaron contra Dios. No quisieron sujetarse al yugo suavísimo que les impuso. Si quieren, pues, de verdad la paz han de confesar los Estados su error. Deben reconocer la augusta autoridad del Ser Supremo, que es Dios, a quien negaron el derecho sobre todos los hombres y sobre todas las cosas.

¡Cuán duro es el corazón de los hombres! Triste es tenerlo que confesar; pero ello es la verdad. Para que vean claro es preciso que la atmósfera sea purificada por el fuego, la tierra por la sangre y la sociedad por la muerte. Sólo la contemplación de tanta ruina, de tantos horrores y miserias es capaz de abrir los ojos a tantos ciegos voluntarios para que reconozcan que sobre todas las voluntades, las inteligencias y las energías humanas, hay una voluntad, una inteligencia y un poder soberano, a la cual debemos honor, reconocimiento y amor.

La triste realidad, el hecho evidente, innegable, de la devastación que tantos pueblos están sufriendo, la falta de hombres para el cultivo de las tierras y para el desarrollo de las industrias y del comercio, causa de la miseria y del hambre que se apodera de los Estados beligerantes, parecen ser el medio de que se valdrá la Providencia divina para iniciar un general movimiento de todos los pueblos hacia la paz, despertando en el corazón de los ciudadanos unas vivas ansias de obtenerla.